



Azorín

Cervantes (2)

Cervantes subía un atardecer por la calle de las Huertas, camino de su casa; marchaba lentamente; su casa, como él mismo ha dicho, era antigua y lóbrega. Se hallaba Cervantes aquellos días -y tantos otros días- en apuros insolubles: después de trabajar toda la vida, no sabía cómo resolver esos conflictos caseros. Como caminaba abstraído, no reparó, al pronto, en un hombre que iba delante dando traspiés; por las expresiones que profería el beodo, inferíase que era italiano. Cervantes se le acercó y trató de sostenerle. *Lasciatemi stare!*, gritó el desconocido. No cejó Cervantes e iba conduciéndole con suavidad. *Lasciatemi stare, vi dico!*, voceaba el borracho. Pero Cervantes, sonriente, le seguía conduciendo. Llegaron a una puerta y el desconocido se detuvo y llamó con fuertes golpes: abrió una joven que exclamó: ¡Cómo viene mi padre!

Entre Cervantes y la muchacha acostaron al beodo en una cama. Todo estaba concluido para Cervantes: la joven era alta, morena, de rasgados ojos negros y con dulce expresión en el semblante. Dio las gracias a Cervantes y le invitó a sentarse un momento: estaban en una salita amueblada con sencillez. Sentados ya los dos personajes, hubo un instante embarazoso de silencio; ni la muchacha tenía nada que añadir, después de haber dado las gracias a Cervantes por su buena obra, ni Cervantes tenía tampoco que expresar nada. La joven, después de dar un suspiro, dijo:

-¿Usted querrá, sin duda, saber quiénes somos nosotros? No vivimos en España: yo he nacido en Nápoles; me llaman Giannina; hace treinta años que mis padres, nacidos en Madrid, se fueron a Italia; mi padre es ebanista y puso un taller en Nápoles. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años: a los diez años mi padre me trajo a Madrid; es el primer viaje que he hecho a España. No crea usted, mi padre tiene muy buenas manos para el oficio. ¡Si viera usted qué bonitos muebles hace! En Nápoles contamos con clientes muy distinguidos. No sé lo que iba a decir: perdóneme usted.

-Diga usted lo que quiera, Giannina -atajó Cervantes-: todo lo que usted diga estará bien dicho.

-Gracias, gracias, señor: los españoles son muy amables; en Nápoles hay muchos españoles; yo he aprendido a hablar el italiano y el español al mismo tiempo. No se figure usted, por lo que ha visto, que mi padre es de ese modo: No, no; mi padre es trabajador y muy generoso. ¡Si viera qué escritorios tan lindos construye! Seguramente que si usted viniera a Nápoles le regalaría uno. Y pienso ahora: ¿para qué querría este señor un escritorio? Usted dirá que yo soy muy charlatana

-¡No digo nada, Giannina, no digo nada! -exclamó Cervantes sonriendo.

-No dice usted nada; pero con seguridad lo piensa.

-Ni lo pienso tampoco, Giannina!

-Decía yo: ¿para qué querría este señor un escritorio? No sería para escribir; trazas de escritor no tiene usted. Si no es indiscreta la pregunta, ¿qué es usted señor?

-¿Quiere usted saber lo que yo soy?

-preguntó, a su vez, riendo, Cervantes-; pues yo soy... labrador.

-¡Qué bonito ser labrador! ¿y es usted labrador en Madrid?

-No, en Aranjuez.

-¡Oh, qué encanto! Cuando yo estuve en Madrid la vez primera, me llevaron a Aranjuez. Será delicioso ser labrador en Aranjuez. ¿Verdad, señor?

-Delicioso, Giannina.

-Y usted vivirá en una casa ancha, clara, soleada; como tiene usted ya alguna edad, no se ofenda usted...

-No, no me ofendo, Giannina.

-Decía que como tiene usted ya años, no trabajará: bastante habrá trabajado en toda su vida. En la casa habrá de todo; no faltará nada: tendrá la heredad, un huerto con verduras y frutales. ¡Si supiera a usted lo que me gusta a mí hincar los dientes en una manzana! ¿No es cierto que tiene usted en esa heredad de todo: manzanas, ciruelas, peras, melocotones? También me gustan a mí mucho los melocotones; en Nápoles me llevan algunas veces unos amigos de mi padre a un huerto y me regalan cestitos con melocotones. ¿Son buenos los que usted tiene en Aranjuez?

-¡Ah, muy buenos!- exclamó Cervantes; pero su sonrisa anterior había ya desaparecido.

-Nosotros tenemos ya muchos ahorros -continuó la niña-: si mi padre no quisiera trabajar, no trabajaría. Con seguridad que a usted le sucede lo mismo.

Había en el centro de la salita una mesa; Cervantes había puesto el codo en el tablero y reclinaba la cabeza en la mano; frente a él estaba la niña. De pronto, Cervantes, dio un hondo suspiro, Giannina se levantó, y mirándome fijamente le dijo:

-Ma che cosa ha? ¿Qué le sucede a usted?

Cervantes no contestaba; con la mano, en silencio, hizo a la niña señas de que no le sucedía nada. Y la moza continuó:

-No crea usted que mi padre bebe; habrá estado esta tarde de despedida con unos amigos y le habrán embromado. Nos vamos mañana al amanecer a Cartagena, donde embarcaremos. No lo prueba nunca mi padre; trajimos para el viaje un frasco de vino que se llama treviano y está casi lleno todavía. ¿No ha bebido usted nunca vino de Italia? Verá usted.

Giannina va presta a un armario y pone en la mesa, ante Cervantes, un frasco de vino y un vaso; luego escancia. Cervantes permanece un momento extático ante el vaso, sin alargar la mano: allí, es ese vino está toda su juventud; allí están sus días felices de Italia. Y al fin, coge el vaso y se lo lleva lentamente a los labios.

ABC, 11 de junio de 1944

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

